

PRODUCCIÓN Y DESARROLLO ECONÓMICO

José Manuel Naredo

Este texto es una nueva versión orientada a los países de lengua hispana de la voz “*Production and economic development*” que publiqué en inglés en la *Elgar Encyclopedia of Ecological Economics* (2023) Editada por Padilla Rosa, E. y Ramos-Martín, J.:

<https://www.elgaronline.com/display/book/9781802200416/9781802200416.xml?rskey=lxZfe6&result=1>

Resumen

La idea de *producción* nació cuando predominaba una visión organicista del mundo en la que se pensaba que, no sólo las cosechas, la pesca o los bosques, sino también los minerales, seguían procesos crecimiento y perfeccionamiento en el seno de la Madre-Tierra, aportando visos de racionalidad a las ideas de forzar y orientar con la intervención humana el *crecimiento* de esas *producciones* (físicas) *renacientes* hacia fines utilitarios. Cuando se desplomó la cosmología arcaica que había impregnado de racionalidad estas nociones, se cortó el cordón umbilical que unía originariamente la noción de *sistema económico* al mundo físico para trasladarlo al universo autosuficiente de los valores monetarios, perpetuando la idea de *producción* (cifrada en el PIB y convertida, así, en metáfora) y el *objetivo del crecimiento* de la misma, haciendo las veces de apologética del *statu quo* al santificar todo el lucro incluido en el PIB e ignorar el que queda fuera.

---o0o---

-La metáfora de la producción como pieza clave de la ideología económica dominante

Desde la primera edición de mi libro *La economía en evolución*, 1987, 4ª edición actualizada 2015 (Naredo, 2015a) he venido señalando cómo la *metáfora absoluta de la producción* es la pieza clave sobre la que se levanta la ideología económica dominante, con la idea usual de *sistema económico* y el objetivo del *crecimiento* (de dicha *producción*) a la cabeza. Entendiendo que, según la metaforología, una *metáfora absoluta* es aquella que permite transferir ideología y juicios de valor sobre temas socialmente relevantes sin contar con apoyo racional ni empírico alguno. Su función expresiva no puede, así, racionalizarse, ni el concepto sustituirse, ocupando un lugar esencial en la historia del pensamiento, en este caso, económico.

En el libro antes mencionado creo haber demostrado solventemente cómo la *economía* nació como disciplina pretendidamente científica, independiente de la moral y del poder, allá por el siglo XVIII, asumiendo por primera vez la tarea de *acrecentar* de forma desacralizada “la *producción* de riquezas renacientes sin menoscabo de los bienes fondo”. Y esto ocurrió cuando predominaba una visión organicista del mundo, asociada a las creencias alquímicas, en la que se pensaba que, no sólo las cosechas, la pesca o los bosques, sino también los minerales, estaban sujetos a procesos crecimiento y perfeccionamiento en el seno de la Madre-Tierra y se pensaba que hasta los continentes y la Tierra misma dilataban sus límites, aportando visos de racionalidad a las ideas de forzar y orientar con la intervención humana el *crecimiento* de esas *producciones* hacia

finés utilitarios. Y al proponerse este objetivo que se suponía bueno para todo el mundo, la economía pudo emanciparse de la moral y del poder, a los que antes estaba ligada al ser considerado hasta entonces el proceso económico como un mero proceso de adquisición de riqueza y no de producción de la misma. El famoso *Tableau économique* (1758) de Quesnay —el más destacado de los autores franceses de la época hoy calificados de “fisiócratas”, creadores de la idea usual de *sistema económico*, con su carrusel de la *producción* y del *consumo*— incluía, así, los minerales entre las “riquezas renacientes” asociadas a la Madre-Tierra y clasificaba la minería entre las actividades “productivas”, junto a la agricultura. Pero este autor insistía para dejar bien claro que, según su criterio, *producir* no era sin más el resultado de revender con beneficio sino de “acrecentar las riquezas renacientes” —que se suponían asociadas a la Madre-Tierra— ya que se podía revender con beneficio de formas bien distintas. Pero tras desplomarse por completo en los inicios del siglo XIX la cosmología arcaica que había impregnado de racionalidad a las nociones de *producción* y *crecimiento*, éstas siguieron gozando de buena salud, al cortar el cordón umbilical que unía originariamente la noción de *sistema económico* al mundo físico y trasladarlo al universo autosuficiente de los valores monetarios, en el que ha seguido imperando la *metáfora absoluta de la producción* y el *objetivo del crecimiento* de la misma, como piezas claves de la ideología económica dominante. Así, en contra de lo que postulaba Quesnay, *producir* acabó siendo simplemente revender con beneficio, pues el PIB es el mero resultado de restar al valor monetario en venta de determinados “bienes” y “servicios”, el valor de lo gastado en su obtención. Lo cual permite, por ejemplo, hablar de *producción* de oro o de petróleo, cuando hoy se sabe que se trata de meras *extracciones* de ciertos stocks singulares que alberga la corteza terrestre, ya que hoy se tiene plena conciencia de que ni los minerales crecen y se perfeccionan en el seno de la tierra, ni la Tierra dilata sus límites. Y esta noción de *producción*, con la idea usual de *sistema económico* construida a sobre ella (véase la voz *sistema económico* en este mismo diccionario), se han naturalizado y asumido con generalidad como si fueran universales, cuando de hecho son una creación de la mente humana que nació en el siglo XVIII como fruto de un maridaje entre la filosofía mecanicista y las creencias alquímicas, y ejercen una clara función apologética del comportamiento de la civilización industrial, al revestir de con el velo de la producción lo que es mera extracción y adquisición con consecuencias ecológicas y sociales poco recomendables.

Pero desde la Antropología se advierte que la noción de *producción* no es para nada universal (el lector interesado puede encontrar amplias referencias en Naredo (2015a) y (2019)). Ya que la noción de *producción* no define la forma en la que las sociedades cazadoras-recolectoras conciben sus actividades y procesos relacionados con la subsistencia... y tampoco lo hace en las grandes civilizaciones no occidentales. Estas sociedades asocian normalmente su intendencia a procesos continuos de interacción entre instancias que conviven o se equilibran sin que haya una fundamental, originaria o creadora (por ejemplo, entre el Yin y el Yan o entre el cielo y la tierra)...y es que, hasta el s. XVIII, ni siquiera en Occidente se pensaba que la especie humana fuera capaz de producir nada, sino de colaborar con la naturaleza para aumentar y perfeccionar sus frutos (primero mediante el rito, después mediante la experimentación racional).

A medida que se fue gestando la moderna idea de *sistema económico*, con la noción de *producción* y el afán de *acrecentarla* mediante el *trabajo*, fue cambiando también la

noción de *riqueza* y del modo de obtenerla. Así, autores que van desde Aristóteles...a Copérnico han venido afirmando que “la tierra concibe por el sol y de él queda preñada, dando a luz todos los años” considerando la tierra y los bienes raíces las riquezas por excelencia. Sin embargo, William Petty (1623-1687) estableció ya la llamada “ecuación natural” de la riqueza, en la que afirmaba que “el trabajo es el padre y la tierra la madre de la riqueza”. Con lo cual un nuevo ingrediente activo y masculino, el Padre-Trabajo, vino a sustituir a las potencias celestes a la hora de fecundar a la Madre-Tierra, erigiéndose en una categoría fundamental del enfoque económico ordinario. Un paso más lo dieron los llamados economistas clásicos, con Adam Smith a la cabeza, atribuyendo al Padre-Trabajo el monopolio de la *creación* (de valor). En efecto, la primera frase de su famoso libro fundacional, *La riqueza de las naciones* (1776), afirma que “el trabajo anual de cada nación es el fondo que la surte de todas aquellas cosas necesarias y útiles para la vida”. Frase cuya aceptación acrítica denota que ya se ha operado un fuerte lavado de cerebro, puesto que, entre otras cosas, la temperatura ambiente, el aire que respiramos...o el agua que bebemos, asociados a esos dos fenómenos consustanciales con la vida y la alimentación, que son la fotosíntesis y el intercambio iónico, poco tienen que ver con el trabajo. Y, por último, Walras y los economistas llamados neoclásicos de finales del siglo XIX y principios del XX culminaron el desplazamiento del razonamiento económico hacia su actual reduccionismo monetario. Pues al postular que la Tierra y el Trabajo podían sustituirse sin problemas por el Capital, éste pasó de ser un modesto ayudante a erigirse en el factor limitativo último de la *producción de riqueza*. Y al valorar el Capital, el Trabajo y la Tierra misma en unidades monetarias, el razonamiento económico se independizó del mundo físico, para seguir monopolizando la *creación de riqueza* ya en el universo aislado de los valores monetarios. Con ello cambió también la idea de riqueza, desde el inicial predominio de lo inmobiliario, que priorizaba la tierra y los bienes raíces, hacia el actual predominio de lo mobiliario, con el dinero a la cabeza, en el que se ha llegado a valorar ya cualquier tipo de riqueza, facilitando una visión unificada de la misma. Se produjo así la que acostumbro a llamar “ruptura epistemológica posfisiocrática”, que afianzó la economía como disciplina independiente aislándola, al cortar el cordón umbilical que unía su razonamiento al mundo físico para circunscribirlo al universo aislado y homogéneo de los valores de cambio, cayendo en su habitual reduccionismo monetario. Pero este desplazamiento del razonamiento económico desde lo físico hacia lo monetario no invalidó la noción de *producción*, sino que reforzó su función justificadora de todo el lucro que se obtiene de revender con beneficio que aparece agregado en el PIB, haciendo abstracción de la incidencia física y social de las actividades que lo generan. Con lo cual, el reduccionismo del PIB hace las veces de apologética del *statu quo*, al soslayar el doble y creciente desacoplamiento (analizado en Naredo, 2019, p.185-197) que se observa 1º) entre el lucro asociado al PIB y el que se genera al margen del mismo (por creación de dinero papel, de dinero bancario y, sobre todo, de dinero financiero o por plusvalías bursátiles, inmobiliarias u otras fuentes de lucro no recogidas en el PIB que cobran una importancia creciente) y 2º) entre el PIB y la utilidad social de las actividades que recoge (a veces tanto más lucrativas cuanto menos ecológica y socialmente recomendables) y la calidad de vida (cada vez más amenazada por el deterioro ecológico y la polarización y la crispación social). Además, el avance de la mercantilización, por el mero hecho de someter a compra-venta bienes o servicios antes ajenos al intercambio mercantil, permite aumentar el PIB sin contrapartida utilitaria alguna (como ha subrayado Unceta, 2015). Esta estrecha relación entre el avance de la

mercantilización y el *crecimiento económico* invita a incluir la noción de *mercado* en la red conceptual a revisar (Naredo, 2019, p.205-208) pero dejaremos conscientemente de lado esta cuestión para seguirnos centrando en el lugar clave que ocupan, más allá del *mercado*, la noción de *producción* y la meta del *crecimiento* de esa *producción* que se ha venido persiguiendo tanto con mercado, como con planificación, tanto con regímenes llamados “capitalistas”, como “socialistas”.

La construcción de la ideología económica dominante no es ajena a las transformaciones ideológicas asociadas al enorme cambio de escala en la organización social que supuso la aparición del Estado en la historia de la humanidad (tal y como se subraya en Naredo, 2019, p.205-208). Lewis Mumford analiza estos cambios en su libro *El mito de la máquina* (Mumford, 1969) y los sintetiza en la siguiente frase reproducida por Erich Fromm en su libro *Anatomía de la destructividad humana* (Fromm, 1975, 97):

“Del complejo neolítico nace un nuevo tipo de organización social, ya no dispersa en pequeños grupos, sino unificada en una gran entidad, ya no basada en la intimidad vecinal, las costumbres y el consentimiento mutuo, sino autoritaria, dirigida por una minoría imperiosa, ya no confinada a un territorio pequeño, sino que desborda sus límites para ejercer el mando e imponer tributos, para apoderarse de materias primas y esclavizar personas inermes...Esta nueva cultura, más que desarrollar la vida, trata de expandir un poder colectivo ejerciendo la coerción...”.

¿Qué cambios mentales e institucionales acompañaron a tan espectaculares mutaciones sociopolíticas? Entre ellos se encuentra el desplazamiento y eliminación del antiguo protagonismo social de la mujer y la madre, que Fromm analiza y resume en la obra citada en la siguiente frase: “la fertilidad de la tierra y la mujer ya no eran la fuente de toda vida y creatividad, sino el intelecto, que producía nuevas invenciones y técnicas, pensamientos abstractos y estados con leyes...ya no fueron las mujeres, sino los hombres quienes dominaron la sociedad” (Fromm, 1975, p. 117-118). Como recuerda Fromm, este cambio lo evoca el himno babilónico de la creación, que canta la victoriosa rebelión de los dioses viriles contra Tiamat (la Gran Madre que antes gobernaba el universo) capitaneados por Marduk que ejercerá de Dios Supremo. Pero, antes de acatar su supremacía, los otros dioses le exigen pasar una prueba: debe demostrar que es capaz de crear mediante el uso de la palabra y el pensamiento, usurpando el monopolio de la creación que antes se atribuía a Tiamat, que encarnaba la Madre-Tierra y la feminidad. A lo que se iría añadiendo la progresiva ignorancia o minusvaloración de la importancia de lo relacional, de los vínculos sociales y emocionales, a la vez que se fue idealizando y exaltando la Razón y la “fantasía de la individualidad”, por emplear el título del libro en el que Almudena Hernando analiza el proceso de creación de la moderna idea de individuo (Hernando, 2012).

Supongo que las personas que hayan leído lo anterior se habrán dado cuenta del papel tan estelar que desempeña la *metáfora absoluta de la producción* para culminar en el pensamiento moderno todo ese desplazamiento —al derivar supuestamente la capacidad creadora hacia las nuevas categorías del *trabajo* y el *capital*, hacia el *homo faber* y el *homo economicus*— y para acabar identificando esa creación con la creación de valor monetario que ofrece capacidad de compra sobre el mundo. Lo que permite encubrir el comportamiento depredador de la especie humana para con el Planeta y con sus propios

congéneres. Comportamiento apoyado por el poder y la jerarquía y amparado por relaciones patriarcales, laborales y clientelares dependientes que se extienden por todo el cuerpo social, pese a las declaraciones formales de igualdad y libertad. Además de cosificar a las personas consideradas como *capital humano* a gestionar por otros o por sí mismas, sometiéndolas a las pulsiones mecánicas del *homo economicus* y desatando el actual proceso de “privatización de la vida pública y economización de lo más privado” (Schirrmacher, 2014, p 254).

En resumidas cuentas, cabe subrayar que, por una parte, los cambios ideológicos asociados a la aparición del Estado en la historia de la humanidad desplazaron el respeto social y la supuesta capacidad creadora, desde lo femenino hacia lo masculino. Y, por otra, que la consolidación de la economía como disciplina independiente, con sus ideas de *producción, trabajo ...y crecimiento económico*, ha contribuido a culminar ese desplazamiento en el mundo moderno. De ahí que, contra esta evolución, ganen fuerza hoy movimientos horizontales que trascienden las habituales reivindicaciones partidistas y de clase: por una parte, movimientos ecologistas y feministas, cada vez más asociados como “eco-feministas”, y, por otra parte, los llamados movimientos “indigenistas” que rememoran y tratan de actualizar culturas y formas de vida anteriores a la emergencia del Estado y del pensamiento moderno, con sus derivaciones económicas.

-Más allá de la metáfora de la producción el desarrollo económico se revela como un bien posicional: si unos están arriba es porque otros están abajo

Al trascender la dogmática económica imperante, se abren otros mundos que permanecían eclipsados por la metáfora de la *producción* y la idea usual de *sistema económico*. Un ejemplo importante puede ser la definición de lo que es un país rico o *desarrollado* desde perspectivas más amplias y reveladoras de lo que lo hacen los enfoques económicos ordinarios. De entrada, la creencia dominante de que un país rico o *desarrollado* es un país muy *laborioso* y *productivo*, que es capaz de ahorrar mucho y de prestar e invertir dinero en el resto del mundo, se revienta desde dentro si nos damos cuenta de que el país más rico o *desarrollado* del mundo que es EEUU, es el más endeudado de la Tierra: su pasivo neto frente al resto del mundo ha alcanzado en 2021 los 18 billones de dólares (18×10^{12} \$) según datos del FMI. [<https://data.imf.org/regular.aspx?key=62805744>]. De esta manera he podido definir un país rico o desarrollado trascendiendo la metáfora de la producción, como abajo se indica (Naredo, 2015b y 2019).

Definición de un país desarrollado trascendiendo la metáfora de la producción y el reduccionismo monetario del PIB

Cabe caracterizar a un país rico o desarrollado como aquél que consigue aumentar su capacidad de compra sobre el mundo utilizando algunos de los siguientes mecanismos:

Panorama comercial: se beneficia de una relación de intercambio favorable frente al resto del mundo (se observa que la tonelada exportada vale más que la tonelada importada y/o es exportador neto de servicios “avanzados”).

Panorama financiero: atrae capitales del resto del mundo (emitiendo *pasivos no exigibles* (1) y *titulizando* (2) o magnificando la solvencia de sus *pasivos exigibles*)

Lo que le permite erigirse en atractor neto de recursos y de población:

Panorama físico: es deficitario en recursos y excedentario en residuos respecto al resto del mundo (es importador neto de recursos y exportador neto de residuos)

Panorama demográfico: atrae población del resto del mundo

(1) Pasivos no exigibles son aquellos por los que los propietarios no pueden exigir nada a quienes los han emitido, como son, por ejemplo, el dólar (tras haber eliminado desde 1971 su convertibilidad en oro), el euro y el grueso de las monedas actuales. Pues las monedas son un pasivo o deuda de los bancos centrales que las emiten, a los que nadie puede exigir nada. Lo mismo que ocurre con las acciones y participaciones que emiten las empresas y que constituyen el por mi denominado dinero financiero (que suple las funciones del dinero ordinario, al permitir a las empresas retribuir a los directivos o a los accionistas con stock-options o pagar la compra de empresas por simple canje de acciones).

(2) La llamada titulización de pasivos exigibles consiste en agrupar dichos pasivos (por ejemplo, hipotecas) en títulos que se venden en los mercados financieros, permitiendo transferir así el riesgo de impago de los emisores a los compradores.

Lo cual evidencia la naturaleza relacional de eso que se llama **desarrollo económico**, al definir un país **desarrollado** como aquel que ha conseguido aumentar su capacidad de compra sobre el mundo por los caminos indicados, alcanzando así una situación privilegiada. Ya que si un país cuenta con una relación de intercambio favorable es porque hay otros que la tienen desfavorable. Que si un país ejerce como atractor de capitales es porque otros no lo son y se les escapan sus capitales. Que si un país es deficitario en recursos y excedentario en residuos es porque puede utilizar el resto del mundo como base de recursos y sumidero de residuos. Y que si un país atrae población es porque otros países la pierden. Desde esta perspectiva el **desarrollo** se revela una cuestión más de **posición** que de **producción**, lo cual nos induce a pensar en modelos Depredador-Presa, que he venido aplicando desde hace tiempo para analizar cómo se produce la dominación entre los territorios, aplicaciones que van desde la escala regional, en el libro *Extremadura saqueada* (Gaviria, Naredo y Serna (coords.), 1978), hasta la escala planetaria, en el libro *La incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra (1955-2005)* (Naredo y Gutiérrez (eds.), 2005).

De acuerdo con este enfoque, el **desarrollo económico** de un país consiste en lograr posiciones comerciales y financieras favorables que le permitan mejorar su capacidad de compra sobre el mundo. En este contexto, la mejora de posición de un país o de una región se produce a expensas del empeoramiento de las posiciones de otros, como apuntaban ya las hipótesis de Prebisch-Singer sobre el deterioro de la relación de intercambio experimentada por los países pobres o “en desarrollo” (Prebisch, 1950-Singer, 1950). Por otro lado, hay contraejemplos relacionados con el panorama físico que merecen ciertas matizaciones: es el caso de algunos países pobres que son importadores netos de recursos y algunos países ricos que son exportadores netos. Pero estos contraejemplos no invalidan la definición general de un país “desarrollado” que se presenta en el recuadro anterior si tenemos en cuenta que la posición de un país no depende solo de su disponibilidad de recursos naturales, sino también de su marco cultural e institucional. Así, por ejemplo, si China e India han llegado a ser importadores netos de energía y materiales desde los años 90 (Dittrich and Bringezu, 2010; Dittrich et al., 2012; United Nations Environmental Programme, 2015), es porque han mejorado su relación de intercambio pasando de ser países pobres a “economías emergentes”. O si Canadá, Australia o Noruega, tres de los países más ricos o “desarrollados” del mundo, son exportadores netos de energía y

materiales (Dittrich and Bringezu, 2010; Dittrich et al., 2012; United Nations Environmental Programme, 2015), es porque son ellos los que sacan provecho de sus enormes dotaciones de recursos naturales, no siendo explotados por otros.

Esta visión posicional del *desarrollo económico*, trascendiendo la metáfora de la producción, evidencia la imposibilidad de conseguir que todos los países pobres alcancen a los ricos en la carrera del *desarrollo*, cuando como hemos visto si unos están arriba es porque succionan los capitales y los recursos de otros que están abajo. Imposibilidad que se hace cada vez más evidente a medida que la polarización social se acentúa incluso en el seno de los países cuna de la revolución industrial y que para el grueso de la gente el ilusionante afán de progresar vaya mudando hacia el mero empeño de sobrevivir.

Bibliografía

- DIETRICH, M., BRINGEZU, S., 2010, The physical dimension of international trade, Part 1: Direct global flow between 1962 and 2005. *Ecological Economics* 69, 1838–47.
- DIETRICH, M., BRINGEZU, S., SCHÜTZ, H., 2012, The physical dimension of international trade, Part 2: Indirect global resource flows between 1962 and 2005. *Ecological Economics*, 79, 32–43.
- FROMM, E., *Anatomía de la destructividad humana*, Madrid, Siglo XXI de España, 1975, 359 p.
- GAVIRIA, M., NAREDO, J.M., SERNA, J. (coords.), *Extremadura saqueada. Recursos naturales y autonomía regional*, Paris, Ed. Ruedo Ibérico, 1978, 648 p. [accesible en: http://www.elrincondenaredo.org/Biblio-1978-Extremadura_saqueada.pdf]
- HERNANDO, A., *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*, Buenos Aires, Katz, 2012, 201 p.
- MUMFORD, L., *The Myth of Machine*, 1967 [ed. en castellano: Buenos Aires, EMCE, 1969, 494 p. y más recientemente en Logroño, Pepitas de Calabaza, 2011, 799 p.]
- FROMM, E., *Anatomía de la destructividad humana*, Madrid, Siglo XXI de España, 1975, 359 p.
- NAREDO, J.M., *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Madrid, Siglo XXI de España, 1987, 4ª edición actualizada 2015a, 783 p.
- NAREDO, J.M., Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas. Madrid, Siglo XXI de España, 2006 , 2ª edición actualizada 2015b, 298 p.
- NAREDO, J.M. (2019) *Taxonomía del lucro*, Madrid, Siglo XXI de España, 2019, 349 p.
- NAREDO, J.M. Y GUTIÉRREZ, L. (eds.), *La incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra (1955-2005)* Granada, Editorial Universidad de Granada y Fundación César Manrique, Col. Economía y Naturaleza, 2005, 532 p. [accesible en: <http://fcmmanrique.org/fcm-publicacion/la-incidencia-de-la-especie-humana-sobre-la-faz-de-la-tierra-1955-2005/?cpg=2&lang=es>].
- PREBISCH, R., 1950, The economic development of Latin America and its principal problems. *Economic Bulletin for Latin America*, 7, 1–12.
- QUESNAY, F., 1758, *Le tableau économique*. Paris.
- SINGER, H., 1950, The distribution of gains between investing borrowing countries. *American Economic Review*, Papers and Proceedings, 40, 473–85.

UNCETA, K., *Más allá del crecimiento. Debates sobre desarrollo y postdesarrollo*. Ed. Mar Dulce, Buenos Aires, 2015, 240 p.

SCHIRRMACHER, F. (2014) *Ego. Las trampas del juego capitalista*, Barcelona, Planeta, p. 254.